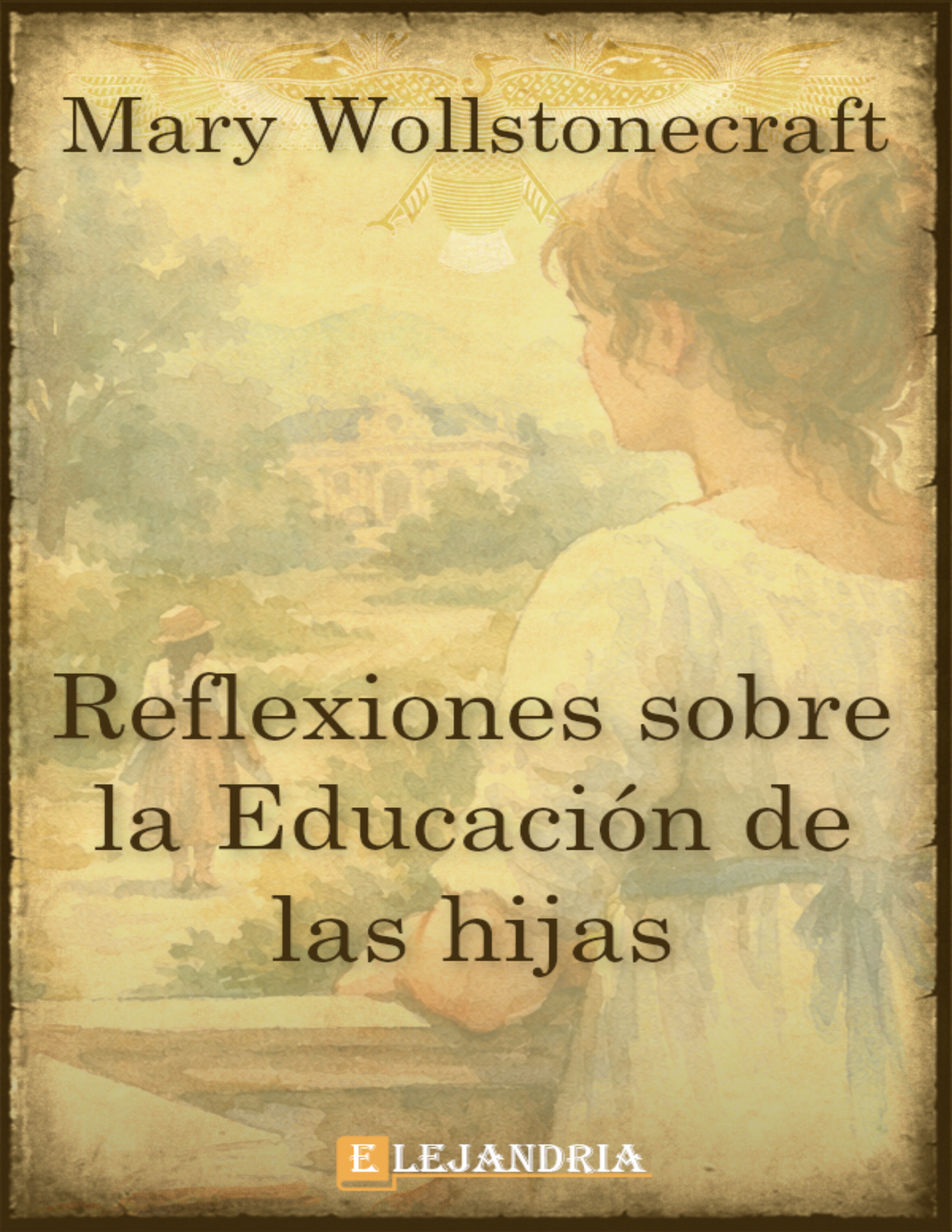




Mary Wollstonecraft



Reflexiones sobre
la Educación de
las hijas

E LEJANDRIA



Mary Wollstonecraft

Reflexiones sobre
la Educación de
las hijas

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

REFLEXIONES SOBRE LA EDUCACIÓN DE LAS HIJAS

MARY WOLLSTONECRAFT

PUBLICADO: 1787
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
EDICIÓN ORIGINAL: J. JOHNSON, LONDON

REFLEXIONES SOBRE LA EDUCACIÓN DE LAS HIJAS

PREFACIO

En las páginas que siguen he procurado señalar algunas cuestiones de importancia en lo que respecta a la educación femenina. Es cierto que ya se han escrito numerosos tratados sobre el tema; con todo, se me ocurrió que aún quedaba mucho por decir. No voy a engrosar estos pliegos con disculpas por mi empeño. Temo, en verdad, que algunas personas encuentren demasiado graves estas reflexiones; pero no habría podido hacerlas menos así sin caer en la afectación. Y aunque puedan resultar insípidas para los espíritus alegres, puede que otros no las juzguen de ese modo; y si llegaran a ser útiles a un solo semejante, y a aliviar algunas horas que el dolor ha hecho pesadas, consideraré que no me he empleado en vano.

EL CUARTO DE LOS NIÑOS

Como considero que es deber de toda criatura racional atender a su prole, lamento observar que la razón y el deber juntos no ejercen sobre la conducta humana una influencia tan poderosa como el instinto en los animales. La indolencia y un descuido irreflexivo de todo cuanto no sea el placer inmediato llevan a muchas madres — que acaso sienten destellos momentáneos de ternura— a descuidar a sus hijos. Siguen un impulso agradable, y nunca reflexionan que la razón debería cultivar y gobernar esos instintos que nos han sido dados para hacer placentero el camino del deber; pues si no se gobiernan, se desbocarán y fortalecerán las pasiones que pugnan sin cesar por imponerse —me refiero a la vanidad y al amor propio.

Lo primero a lo que debe atenderse es a sentar las bases de una buena constitución. La madre (si no hay razones de mucho peso que lo impidan) debería amamantar a sus hijos. La leche materna es su alimento propio, y durante algún tiempo es del todo suficiente. Si se adoptara un método regular de lactancia, lejos de ser una tarea laboriosa, resultaría llevadera. Los niños que quedan al cuidado de niñeras ignorantes tienen el estómago sobrecargado de alimentos inadecuados, que se vuelven ácidos y les causan grandes incomodidades. Debemos ser especialmente cuidadosos en preservarlos del dolor corporal en sus primeros años, pues su mente no puede entonces ofrecerles ningún consuelo que lo mitigue. Los primeros años de la vida de un niño son con frecuencia muy desdichados por negligencia o ignorancia. Sus dolencias residen casi siempre en el estómago o en los intestinos, y por lo general tienen su origen en la calidad y la cantidad de los alimentos.

El amamantamiento de un hijo suscita además el más cálido impulso de ternura: la dependencia y el desvalimiento de la criatura engendran un afecto que puede llamarse propiamente maternal. Yo

misma lo he sentido al ver a una madre ejercer ese oficio, y soy de opinión que la ternura maternal nace tanto del hábito como del instinto. Estoy convencida de que es posible adquirir el afecto de una madre hacia un hijo adoptivo; es necesario, por tanto, que la madre desempeñe las funciones propias de tal, a fin de despertar en sí misma un afecto racional hacia su prole.

Los niños adquieren muy pronto los modales de quienes los rodean. Es fácil distinguir al hijo de una persona bien educada, cuando no se lo deja enteramente al cuidado de la niñera. Estas mujeres son, por lo general, ignorantes, y para mantener al niño quieto por el momento acceden a todos sus pequeños caprichos. Muy pronto el niño empieza a ser perverso y a exigir que se le satisfaga en todo. El proceder habitual consiste en complacer sus humores unas veces y contradecirlos otras, según lo dicte un genio sin corregir. El niño lo descubre antes de lo que pudiera imaginarse, y de ahí nace un afecto desprovisto de respeto. La uniformidad de conducta es el único método viable para engendrar ambas cosas. La adhesión inflexible a una regla establecida hace que los niños estén a gusto y ahorra a la madre y a la niñera muchos disgustos, pues no porfiará quien no haya vencido alguna vez. Estoy segura de que amarán y respetarán a quien los trate con propiedad, siempre que alguna otra persona no los mime con imprudencia. Una vez oí a un padre sensato decir: «Trataría a mi hijo como a mi caballo: primero convenciéndole de que soy su amo, y luego su amigo». Pero no ha de adoptarse por ello un estilo de comportamiento rígido; por el contrario, deseo hacer notar que solo en los años de la infancia depende la felicidad de un ser humano enteramente de los demás, y amargar esos años con restricciones innecesarias es una crueldad. Para ganar el afecto, el afecto ha de mostrarse, y han de darse siempre pequeñas pruebas de él; que no parezcan debilidades, y se asentarán hondo en el joven espíritu, y despertarán sus propensiones más amables. Las pasiones turbulentas pueden mantenerse a raya hasta que la razón empiece a despuntar.

En el cuarto de los niños aprenden también a hablar; y allí no solo oyen disparates, sino que esos disparates les son servidos en tonos

tan afectados y necios que resultarían repugnantes; y sin embargo, son esos los primeros tonos que el niño imita, y su inocente y juguetona manera los hace tolerables, si no agradables; pero luego no es fácil corregirlos —es más, muchas mujeres conservan toda la vida el parloteo mimoso del cuarto de los niños, y no olvidan el ceceo cuando ya han aprendido a languidecer.

A los niños se les enseña la venganza y la mentira desde la misma cuna. Si se caen o se golpean la cabeza contra algo, para calmarlos se les manda que devuelvan la ofensa, y se les tiende la manita para que lo hagan. Cuando lloran o son traviesos, se regaña al gato o al perro, o se invoca algún coco para que se los lleve; lo cual solo les aterra al principio, pues pronto descubren que la niñera no tiene intención de cumplir tan terribles amenazas. En efecto, lo descubren tan a la perfección que he visto criaturas que apenas sabían hablar reproducir los mismos trucos con su muñeca o con el gato.

¿Cómo puede entonces, cuando la mente queda sometida a la disciplina, inculcarse el amor a la verdad, si los primeros ejemplos que han recibido les inducen a practicar lo contrario?

Disciplina moral

Se ha afirmado que «ningún ser meramente humano podría educar a un niño de manera cabal». Coincido plenamente con este autor; pero aunque la perfección no puede alcanzarse y los imprevistos gobernarán siempre la conducta humana, sigue siendo nuestro deber establecer alguna regla que rija nuestras acciones, y atenernos a ella con tanta constancia como lo permitan nuestras flaquezas. Para seguir el sistema del señor Locke —y esto puede decirse de casi todos los tratados de educación—, los padres han de haber dominado sus propias pasiones, lo cual no suele ocurrir en grado considerable.

El estado matrimonial es demasiadas veces un estado de discordia; no siempre ocurre que ambos progenitores sean racionales, y los más débiles tienen en su mano causar el mayor daño.

¿Cómo han de cultivarse entonces las tiernas mentes de los niños? La mamá solo está ansiosa porque la quieran más a ella, y quizá se afana en sembrar esas semillas que han producido tan lozanas malas hierbas en su propio espíritu. O bien —lo que ocurre con aún mayor frecuencia— los hijos son al principio objetos de juego, y cuando sus caracteres han sido estropeados por una indulgencia imprudente, se vuelven molestos y se los deja casi siempre con los criados; las primeras nociones que absorben son, pues, bajas y vulgares. Se les enseña la astucia —la sabiduría propia de esa clase de personas—, y el amor a la verdad, fundamento de la virtud, es pronto borrado de sus mentes. Es, a mi juicio, un hecho bien demostrado que los principios de la verdad son innatos. Sin razonar, asentimos a muchas verdades; sentimos su fuerza, y la sofistería artificiosa solo puede embotar esos sentimientos que la naturaleza ha implantado en nosotros como salvaguardas instintivas de la virtud. La disimulación y la astucia desplazarán pronto a todas las demás buenas cualidades, y privarán a la mente de esa hermosa sencillez que nunca puede apreciarse demasiado.

En efecto, es de la mayor importancia hacer al niño natural —o, para hablar con más propiedad, no enseñarle a ser de otro modo—; y para ello debemos apartarlo de los malos ejemplos. El artificio es practicado casi siempre por los criados, y los mismos métodos que los niños les ven emplear para eludir la culpa serán los que ellos adopten; y la astucia está tan emparentada con la falsedad que infaliblemente conducirá a ella —o bien se recurrirá a algún subterfugio tonto y evasivo para acallar cualquier reproche de la conciencia, si se ha inculcado el amor a la verdad.

Otra causa de artificio es la corrección injuiciosa. Los accidentes o las travesuras son castigados con demasiada frecuencia, y si los niños pueden ocultarlos, lo harán, para evitar el castigo. Contenedlos, pues, pero no los corrijáis sin una causa muy suficiente, como lo es la violación de la verdad, la crueldad hacia los animales, hacia los inferiores, o esa clase de necedades que conducen al vicio.

Debe permitirse a los niños participar en la conversación, pero se requiere gran discernimiento para encontrar los temas que gradualmente los mejoren. Los animales son los primeros objetos que atraen su atención, y creo que las pequeñas historias sobre ellos no solo los divertirían, sino que al mismo tiempo los instruirían, y tendrían el mejor efecto en la formación del carácter y en el cultivo de las buenas disposiciones del corazón. Hay muchos libritos que tienden a eso. Recuerdo uno en particular: *Las andanzas de un ratón*. No puedo dejar de mencionar aquí un libro de himnos en prosa rítmica escrito por el ingenioso autor de otras tantas lecciones apropiadas para los niños. Esos himnos, me imagino, contribuirían a llenar el corazón de sentimientos y afectos religiosos, y —si se me permite la expresión— a hacer la Divinidad patente a los sentidos. El entendimiento, sin embargo, no debe sobrecargarse más que el estómago. Las mejoras intelectuales, como el crecimiento y la formación del cuerpo, han de ser graduales; y con todo no hay razón para que la mente permanezca en barbecho mientras su «frágil morada» se acondiciona imperceptiblemente para un habitante más razonable. No estará en barbecho; semillas indiscriminadas serán sembradas por azar, y brotarán junto al trigo, y quizá nunca lleguen a arrancarse.

Cuando un niño hace una pregunta, ha de dársele siempre una respuesta razonable. Sus pequeñas pasiones deben ser comprometidas. Son muy aficionados a los cuentos, y los adecuados los mejorarían incluso mientras los divierten. En cambio, les llenan la cabeza de relatos inverosímiles y de narraciones supersticiosas sobre seres invisibles, que engendran en sus mentes extrañas supersticiones y vanos temores.

El ceceo del cuarto de los niños queda así afianzado, y se adquieren frases vulgares que los niños, a ser posible, no deberían oír jamás. El poder expresar los pensamientos con facilidad y propiedad es de gran importancia en la vida, y si nunca se descarría a los niños en este particular, se evitarían muchos problemas.

El bullicio de la cocina, o de cualquier otro lugar donde los niños se quedan solo con los criados, hace que la conveniente moderación del salón se antoje una carga. Una niña de vivaz carácter pronto se vuelve traviesa; y si hay criados varones, sale a pasear con ellos, que a menudo se toman con la señorita ciertas libertades que, al ser toleradas, le dan un aire desenvuelto y la vuelven impertinente. La modestia conveniente que da a una niña el estar acostumbrada a tratar con personas mayores que ella queda enteramente destruida. He de confesar que me encanta ver a una dulce joven criatura que parece encogerse ante la observación ajena, y que escucha más que habla. Es posible que una niña tenga este porte sin tener un entendimiento muy bueno. Si así fuera, esa timidez le impide resultar molesta.

Es deber de un progenitor preservar a un hijo de recibir impresiones erróneas. En cuanto a los prejuicios: las primeras nociones que tenemos merecen ese nombre, pues no es hasta que empezamos a dudar de nuestras opiniones que ejercemos la razón para examinarlas —y entonces, si las aceptamos, podemos llamarlas propias.

Las primeras cosas, pues, que debe alentarse a los niños a observar son: una rigurosa adhesión a la verdad; una debida sumisión a los superiores; y condescendencia con los inferiores. Estos son los puntos principales; pero hay muchos otros que, comparados con ellos, son triviales, aunque no por ello carezcan de importancia. No es agradable ver a un niño lleno de reverencias y aspavientos; pero tampoco ha de permitírsele ser grosero. Han de estar ocupados, y pueden escogerse para ellos fábulas y cuentos que despierten su curiosidad. El gusto por las bellezas de la naturaleza ha de cultivarse muy pronto: muchas cosas relativas al mundo vegetal y animal pueden explicarse de manera amena, y esta es una fuente de placer inocente al alcance de todos.

Sobre todo, procurad enseñarles a combinar sus ideas. Es de mayor utilidad de lo que puede concebirse que un niño aprenda a comparar cosas que se asemejan en algunos aspectos y difieren en

otros. Deseo que se les enseñe a pensar; pensar es, en verdad, un ejercicio arduo, y ningún ejercicio —ya sea del cuerpo o de la mente— se emprenderá al principio si no es con miras al placer. No es que desee que hagan largas reflexiones, pues cuando no surgen de la experiencia son en su mayor parte absurdas.

LOS ADORNOS EXTERIORES

Bajo este epígrafe pueden clasificarse todos aquellos adornos que simplemente hacen atractiva a la persona, y aquellas instrucciones a medias que no mejoran el entendimiento. «Un poco de saber de cualquier clase es una cosa peligrosa»; y lejos de hacer agradable a una persona, produce el efecto contrario.

Los padres tienen casi siempre entre manos algún grave asunto que les sirve de pretexto para descuidar la ardua tarea de educar a sus hijos; los envían, pues, a la escuela, y la pensión que se les asigna es tan exigua que quien se encarga de ellos ha de atender a más niños de los que puede razonablemente abarcar; naturalmente, solo pueden observarse los aspectos mecánicos de la educación. He conocido niños que repetían las cosas en el orden en que las habían aprendido, pero que quedaban completamente perdidos en cuanto se los sacaba del camino trillado. Si el entendimiento no se ejercita, la memoria se empleará con escaso provecho.

Las niñas aprenden algo de música, dibujo y geografía; pero no lo aprenden bastante como para captar su atención y convertir esas materias en un ejercicio del entendimiento. Si pueden tocar unas cuantas piezas ante sus conocidos, y tienen algún dibujo —hecho en parte por el maestro— para colgar en su cuarto, se creen artistas

para el resto de sus vidas. No es que el ser capaz de ejecutar un paisajito, o cosa por el estilo, tenga consecuencia alguna —esas cosas son, en el mejor de los casos, nimiedades, y los elogios necios e indiscriminados que se les tributan no producen sino vanidad. Pero lo que no tiene ninguna importancia considerado bajo esa luz, la cobra suprema cuando una niña siente verdadera afición por el arte y anhela la excelencia. Todo cuanto tiende a hacer a la persona en alguna medida independiente de los sentidos es un apoyo para la virtud. El entendimiento ha de ser ocupado ante todo por pasatiempos amenos; y así como la atención a los deberes morales conduce a la piedad, quien pesa un asunto pasará a otros, y nuevas ideas acudirán a su mente. Las facultades se ejercitarán y no se dejarán adormecer, lo cual dará variedad al carácter.

El baile y la elegancia de modales son muy agradables, siempre que no se les dé demasiada importancia. Estas adquisiciones cautivan los sentidos y abren el camino al corazón; pero sin el respaldo de cualidades sólidas y buenas, su reinado es breve.

La animada irreflexión de la juventud hace agradable a toda criatura joven durante un tiempo; pero cuando esos años han pasado y no se ha sustituido la vivacidad por el juicio, las necedades de la juventud vuelven a representarse, y nunca se considera que las cosas que agradan en su tiempo propio resultan desagradables fuera de él. Es muy absurdo ver a una mujer cuya frente el tiempo ha surcado de arrugas imitar los modales de una muchacha en la flor de sus años.

No me parece ajeno al presente asunto mencionar las conversaciones frívolas en que las mujeres gustan de indulgar. En general, son propensas a la burla. Como conceden la mayor importancia a los modales, ni los caracteres más respetables escapan al látigo de su ridículo si en ese punto adolecen de alguna deficiencia. El ridículo ha sido proclamado por algunos como la piedra de toque de la verdad —si fuera así, nuestro sexo debería hacer progresos admirables—; pero me inclino a pensar que con frecuencia lo ejercen hasta perder toda percepción de él. La

afectación, y no la ignorancia, es la presa legítima del ridículo; y aun la afectación la perdonarán algunas personas de buen carácter. No debemos causar dolor sin intención de enmendar.

Los adornos exteriores no han de despreciarse, siempre que el adquirirlos no satisfaga a quienes los poseen e impida que cultiven los más importantes.

LOS MODALES ARTIFICIALES

Podría pensarse que los modales artificiales y los adornos exteriores son prácticamente lo mismo; pero creo que los primeros tienen un alcance mucho mayor y son materialmente distintos. Los unos nacen de la afectación, y los otros parecen ser solo un error de juicio.

Las emociones del alma aparecen con frecuencia de manera conspicua en el semblante y en los modales. Esas emociones, cuando brotan de la sensibilidad y de la virtud, son de una agradabilidad indecible. Pero es más fácil copiar la expresión del rostro que cultivar las virtudes que lo animan y lo embellecen.

¡Cuántas personas son como sepulcros blanqueados, atentas solo a las apariencias! Y sin embargo, si nos afanamos demasiado en ganar la aprobación del mundo, a menudo hemos de renunciar a la nuestra propia.

¡Qué hechicera es esa suave humildad de modales que da a luz la verdadera humildad, y qué pálidas son sus imitaciones afectadas! Esa dulzura de trato que nos hace corteses con todos, y esa benevolencia que nos hace reacios a ofender a nadie y diligentes en complacer a toda criatura, es a veces copiada por las personas de

mundo; ipero qué torpe es la copia! Las más cálidas protestas de afecto se prodigan en toda ocasión. No se hacen distinciones, y la estima que solo se debe al mérito parece derramarse sobre todos — es más, se finge el afecto; o al menos se toma prestado el lenguaje, cuando no hay en el corazón ni un atisbo de él. La cortesía se debe a todos; pero el aprecio o la admiración no deberían expresarse cuando no se sienten.

Así como la humildad presta al semblante la expresión más agradable, de la sinceridad nace esa naturalidad de modales que resulta tan cautivadora. Quien se deja ver tal como es no puede parecer afectada. No se afana en representar un papel; su empeño no es ocultar sino corregir sus defectos, y su rostro tiene por ello esa hermosura que solo da la atención al alma. Nunca he conocido a una persona verdaderamente fea que no fuera tonta o viciosa; y he visto las facciones más hermosas desfiguradas por la pasión y el vicio. Es cierto que los rasgos regulares impresionan a primera vista; pero es una mente bien ordenada la que produce en el semblante esas variaciones de expresión que dejan huella duradera.

El sentimiento es ridículo cuando se afecta; y aun cuando es genuino, no debe exhibirse. Se manifestará si es verdadero; pero cuando se empuja hacia adelante para hacerse notar, es evidente que la vanidad ha rivalizado con el dolor y que se piensa en el efecto de la cosa. Que los modales broten del alma, y que no haya disimulo para las emociones genuinas del corazón.

Las cosas meramente ornamentales son pronto desatendidas, y el desinterés apenas puede soportarse cuando no hay apoyo interior.

Tener en este mundo incierto algún sostén que no pueda ser minado es de la mayor consecuencia; y es ese sostén el que da a los modales esa dignidad que muestra que una persona no depende del mero aplauso humano para hallar consuelo y satisfacción.

EL VESTIDO

Muchas plumas autorizadas han tratado de las flaquezas peculiares de nuestro sexo. Se nos ha instado por igual a evitar los dos extremos en el vestido, y se ha insistido en la necesidad del aseo, «pues de la pureza del cuerpo recibe la mente un auxiliar simpático».

Mucho más tiempo del que debería dedica una niña al vestido. Esto es un adorno exterior; pero he preferido considerarlo por separado. El cuerpo oculta la mente, y esta, a su vez, queda oscurecida por el atavío. Detesto ver el marco de un cuadro tan llamativo que atraiga la mirada y divida la atención. El vestido debe adornar a la persona, y no hacerle la competencia. Puede ser sencillo, elegante y favorecedor sin ser costoso; y las modas ridículas pueden desdeñarse evitando al mismo tiempo la singularidad. La belleza del vestido —y sé que esta afirmación causará asombro— consiste en no ser llamativo en ningún sentido; en no deformar ni ocultar la figura humana con protuberancias antinaturales. Si se estudian mucho los adornos, la conciencia de ir bien vestida se reflejará en el rostro —y seguramente esta vanidad mezquina no le da mucha sublimidad.

«De la abundancia del corazón habla la boca.» Y cuánta conversación proporciona el vestido, que difícilmente puede ser muy instructiva ni entretenida.

Da lugar a la envidia y a rivalidades por nimias superioridades, que no hacen a la mujer muy respetable ante el otro sexo.

Se recurre a toda clase de artimañas para obtener dinero; y se malgasta mucho, que si se ahorrara para obras de caridad, aliviaría la angustia de muchas familias pobres y ablandaría el corazón de la joven que se asomara a tales escenas de miseria.

En el capítulo del vestido cabe incluir toda la caterva de cremas de belleza, cosméticos, rocíos olímpicos, hierbas orientales, carmín líquido y el colorete que avivó el rostro de Ninón y desafió al tiempo. Estos numerosos e indispensables artículos se anuncian en un estilo tan ridículo, que su rápida venta es un reflejo muy severo sobre el entendimiento de las señoras que los fomentan. El rocío y las hierbas son, me imagino, muy inocuos, pero no sé si puede decirse lo mismo del colorete. El blanco es ciertamente muy perjudicial para la salud, y nunca puede llegar a parecerse a la naturaleza. El rojo, por su parte, resta expresión al semblante, y el hermoso rubor que da la modestia, el afecto o cualquier otra emoción del alma no puede verse jamás. No es «un rostro iluminado por la mente». «El cuerpo no seduce porque se vea la mente», sino precisamente lo contrario; y si, atraído por ese disfraz, un hombre se casa con una mujer así embellecida, puede que no quede satisfecho con su persona real. Un rostro maquillado puede impresionar a las visitas, pero sin duda repugnará a los amigos íntimos del hogar. Y de él se extrae una conclusión evidente: no cabe esperar que la verdad guíe al habitante de una forma tan artificial. La falsa vivacidad que el carmín presta a los ojos no es del género más delicado; ni el que una mujer se vista de manera que atraiga miradas lánguidas nos forma la opinión más ventajosa de la pureza de su mente.

Olvidé mencionar el polvo de tocador entre los afeites. Es una lástima que se use tan generalmente. El más bello ornamento de las facciones queda disimulado, y la sombra que daría al semblante se pierde enteramente. El color del cabello de cada persona se adapta por lo general a su tez y está calculado para realzarla. ¡Qué absurdidad incurren entonces quienes usan polvos rojos, azules y amarillos! ¡Y qué gusto tan falso revelan!

La cantidad de pomada es con frecuencia repugnante. Nos reímos de los hotentotes, y en algunas cosas adoptamos sus costumbres.

La sencillez en el vestido y la naturalidad en los modales deben ir de la mano. Imponen respeto y serán admiradas por las personas de gusto, incluso cuando el amor está fuera de toda cuestión.

LAS BELLAS ARTES

La música y la pintura, y otras muchas artes ingeniosas, han llegado hoy a gran perfección y ofrecen el placer más racional y delicado.

Es fácil descubrir si un joven tiene disposición para ellas. Si la tiene, no dejéis que yazga dormida. El cielo la concedió con bondad, y es una gran bendición; pero, como todas las demás bendiciones, puede pervertirse; con todo, la perversión no disminuye su valor intrínseco. Si la naturaleza ha sido avara con alguno en este respecto, persuadidle de que guarde silencio y no finja arrobamientos que no siente; pues nada puede ser más ridículo.

En música prefiero la expresión a la ejecución. La sencilla melodía de algunos aires sin artificio ha calmado con frecuencia mi ánimo cuando estaba atormentado por las preocupaciones; y me he elevado desde las mismas profundidades de la tristeza mediante la sublime armonía de algunas composiciones de Handel. Me he remontado por encima de esta pequeña escena de penas y afanes, y he meditado en Aquel de quien fluye toda dádiva.

Una persona ha de tener sensatez, gusto y sensibilidad para que su música resulte interesante. La ágil danza de los dedos puede suscitar admiración, pero no deleite.

En cuanto al dibujo, solo quienes observan las bellezas de la naturaleza y las admiran de veras pueden sentir por él una atracción genuina.

Si una persona gusta de rastrear los efectos de las pasiones y de observar las apariencias que imprimen en el semblante, se alegrará de ver caracteres representados en el lienzo y penetrará en su espíritu; pero si el libro de la naturaleza no les ha sido abierto por ellos, su admiración no pasa de pueril.

Los trabajos de fantasía son muy entretenidos para una niña de imaginación viva; pero si hace que otros realicen la mayor parte y solo ansía el mérito de haberlos hecho, no la alentéis.

La escritura puede calificarse de arte bello; y estoy segura de que es un arte muy útil. El estilo en particular merece atención. Los jóvenes son muy propensos a sustituir las palabras por los sentimientos, y a revestir pensamientos pobres con dicción pomposa. La laboriosidad y el tiempo son necesarios para corregir esto, y a menudo lo logran. Ha de llevarse a los niños a la correspondencia epistolar, y han de adoptarse métodos para que pongan por escrito sus pensamientos y se les persuade de que relaten con sus propias palabras las historias que han leído. Escribir bien tiene gran consecuencia en la vida, tanto para nuestros intereses temporales como, aún más, para el alma; pues enseña a la persona a ordenar sus pensamientos y a digerirlos. Además, es el único fundamento verdadero de la conversación racional y elegante.

La lectura y las artes que ya se han mencionado llenarían el tiempo y preservarían a las jóvenes de perderse en la disipación, que enerva el alma y con frecuencia conduce a relaciones impropias. Cuando los hábitos están fijados y el carácter en cierta medida formado, el ingreso en el mundo agitado lejos de ser peligroso es provechoso. El conocimiento se adquirirá insensiblemente y el gusto se mejorará, siempre que no se busque más la admiración que el progreso. Pues raramente observan quienes están llenos de sí mismos.

LA LECTURA

Es una observación antigua, pero muy verdadera, que la mente humana ha de estar siempre ocupada. La afición a la lectura, o a cualquiera de las bellas artes, debe cultivarse muy pronto en la vida; y quienes reflexionan pueden decir cuán importante es que la mente tenga algún recurso en sí misma y no dependa enteramente de los sentidos para su ocupación y recreo. Si por desgracia así fuera, habrá de someterse a la bajeza, y a menudo al vicio, para satisfacerlos. Los más sabios y mejores están demasiado bajo su influencia; y el esfuerzo de vencerlos, cuando la razón y la virtud no les dan su sanción, constituye gran parte de la lucha de la vida. ¿Qué apoyo tienen entonces quienes son todo sentidos y están llenos de proyectos que no van más allá de los objetos temporales?

La lectura es el pasatiempo más racional, siempre que se busque alimento para el entendimiento y no se lea meramente para retener palabras, ni con el propósito de citar a autores célebres y hacer circular sentencias que no se comprenden ni se sienten. Los libros juiciosos amplían la mente y mejoran el corazón, aunque a algunos, mediante ellos, «la naturaleza que los destinaba a necios los convierta en pedantes».

Las obras que ofrecen una imagen falsa de las pasiones humanas y de los variados avatares de la vida no deben leerse antes de que el juicio esté formado, o al menos ejercitado. Tales obras son una de las principales causas de la afectación de las mujeres jóvenes. Se describe y elogia la sensibilidad, y sus efectos se representan de un modo tan alejado de la naturaleza, que quienes la imitan han de quedar en ridículo. Se adquiere un gusto falso, y los libros sensatos parecen aburridos e insípidos después de esas actuaciones superficiales, que alcanzan su pleno fin si logran mantener la mente en una continua efervescencia. La galantería es el único tema

interesante para el novelista; la lectura, por tanto, contribuirá a menudo a que sus admiradoras sean insignificantes.

No pretendo recomendar libros de carácter abstracto o grave. En nuestra lengua hay muchos en que la instrucción y el entretenimiento van unidos; *El Aventurero* es de este tipo; menciono este libro por sus bellas alegorías y sus relatos conmovedores, y pueden escogerse fácilmente otros similares. La razón impresiona con mayor fuerza cuando es ilustrada por el brillo de la fantasía. Pueden observarse los pensamientos que en ellos se esparcen, y cuando se los saborea y la mente se pone en movimiento, puede dejársele que elija ella misma sus libros, pues entonces todo le servirá de instrucción.

Desearía que todos procurasen formarse una opinión propia sobre un autor, aunque la modestia les impida manifestarla. Muchos están tan ansiosos de tener fama de gusto que solo elogian a los autores de mérito indiscutible. Me había oír hablar de la sublimidad de Milton, de la elegancia y armonía de Pope, y del genio original e inculto de Shakespeare. Esos juicios apresurados los emiten personas que nada saben de la naturaleza y que no podrían penetrar en el espíritu de esos autores ni comprenderlos.

Un estilo florido pasa en su mayor parte entre los ignorantes por escritura elegante; se admiran muchas frases que no tienen ningún sentido, aunque contengan «palabras de retumbante sonido», y otras que no tienen nada que las recomiende sino sus terminaciones dulces y musicales.

Los libros de teología no están concebidos para los jóvenes; la religión se enseña mejor con el ejemplo. La Biblia ha de leerse con particular respeto, y no ha de enseñarse a leer por tan sagrado libro, no sea que lo consideren una tarea aquello que debería ser fuente de la más elevada satisfacción.

Puede observarse que recomiendo poner la mente en la disposición conveniente y luego dejarla a sí misma. No pueden darse reglas fijas; ha de depender de la naturaleza y la fortaleza del

entendimiento; y quienes lo observan pueden decir mejor qué clase de cultivo lo mejorará. La mente no es, no puede ser, creada por el maestro, aunque puede cultivarse y descubrirse sus verdaderas capacidades.

Los vivos espíritus de la juventud pueden hacer que el tiempo transcurra sin goces intelectuales; pero cuando la novedad del panorama se ha gastado, se sentirá su falta, y nada más podrá llenar ese vacío. La mente queda confinada al cuerpo y ha de hundirse en la sensualidad, pues no tiene otro quehacer que proveer a él de «qué comer y qué beber y con qué vestirse».

Se ha reprochado a toda suerte de refinamiento el acrecentar nuestros afanes y pesares; y sin embargo, sin duda surge de él también el efecto contrario. El gusto y el pensamiento abren muchas fuentes de placer que no dependen de la fortuna.

Ninguna ocupación del entendimiento es excusa suficiente para descuidar los deberes domésticos, y no concibo que sean incompatibles. Una mujer puede capacitarse para ser la compañera y amiga de un hombre sensato y saber al mismo tiempo cuidar de su familia.

LOS INTERNADOS

Si una madre tiene tiempo libre y buen juicio, y tiene más de una hija, creo que podría educarlas ella misma con mejores resultados; pero como razones de familia hacen a veces necesario enviarlas fuera de casa, se recurre a los internados. He de confesar que es mi opinión que en todas las escuelas se atiende demasiado a los

modales; y en la naturaleza de las cosas no puede ser de otro modo, pues la reputación del establecimiento depende de ellos y la mayoría de las personas puede juzgarlos. El carácter queda descuidado, se imparten las mismas lecciones a todas, y algunas reciben un barniz de cosas que nunca tendrán capacidad de comprender; pocas cosas se aprenden a fondo, pero se contraen muchas frivolidades, y entre ellas una afición desmedida por el vestido.

Preparar a una mujer para cumplir los importantes deberes de esposa y madre es, sin duda, el objetivo que debe tenerse en vista durante el período temprano de la vida; y sin embargo, son los adornos lo que más se considera, y ellos, junto con la todopoderosa belleza, son los que generalmente conquistan el corazón; y como no se piensa en conservarlo hasta que se ha perdido, se los estima de la mayor consecuencia. Una institutriz sensata no puede atender a las mentes del número de alumnas que se ve obligada a tener. Puede que haya pasado muchos años luchando por establecerse, y cuando la fortuna sonríe no quiere perder la oportunidad de proveer para su vejez; por eso continúa engrandeciendo su escuela con vistas a acumular una competencia para ese fin. Los quehaceres domésticos no pueden de ningún modo incorporarse a su programa, ni pueden entablarse con frecuencia conversaciones adecuadas. Se introducirán a escondidas libros impropios, y el mal ejemplo de uno o dos niños viciosos, en las horas de recreo, puede infectar a muchos. La gratitud y la ternura no se despiertan en ellas del modo en que podría hacerlo el afecto materno. Muchas son las penas que una niña de disposición apacible ha de sufrir, de las que un padre solícito podría preservarla. No voy a disputar sobre los modales, pero las virtudes se aprenden mejor en casa, si la madre está dispuesta a dedicarles su tiempo y sus pensamientos; si no puede hacerlo, las niñas deben enviarse a la escuela, pues las personas que no manejan bien a sus hijos y no tienen grandes fortunas han de dejarlos con frecuencia con los criados, donde corren el riesgo de correcciones aún mayores.

EL CARÁCTER

La formación del carácter debe ser el pensamiento constante y la primera tarea de un padre o de un maestro. Pues, hablando con moderación, la mitad de las miserias de la vida proviene del mal humor o de un carácter tiránico y dominante. Los de corazón tierno, ya sea por naturaleza o porque la religión los haya moldeado con disposición tan celestial, ceden por amor a la paz —y sin embargo, ese ceder mina su tranquilidad doméstica y ataja la corriente del afecto; trabajan con paciencia, y el trabajo es siempre penoso.

El gobierno de nuestro carácter es verdaderamente el negocio de toda nuestra vida; pero sin duda nos ayudaría mucho si desde temprano se nos pusiera en el camino recto. Tal como están las cosas, cuando la razón adquiere alguna fortaleza, tiene montañas de escombros que retirar, o quizá emplea todas sus fuerzas en justificar los errores de la necedad y la pasión, en lugar de desarraigarlos.

La atención constante al manejo del carácter produce dulzura y humildad, y se practica en toda ocasión, pues no se hace «para ser vista de los hombres». Este espíritu apacible nace del buen juicio y de la resolución, y no debe confundirse con la indolencia y la timidez; flaquezas de ánimo que pasan con frecuencia por buen carácter. Quien cede sin convicción a un padre o a un marido, con la misma sinrazón tiranizará a sus criados; pues el temor servil y la tiranía van de la mano. El resentimiento, en verdad, puede y ha de sentirse ocasionalmente por los mejores de los seres humanos; pero la humildad pronto lo vencerá y convertirá el desdén y el desprecio en compasión, y ahuyentará ese orgullo precipitado que siempre está guardando el Yo del insulto, que se inflama ante los pretextos más triviales y que no admite superior ni siquiera igual. Con semejante carácter suele ir unida esa torpeza vergonzosa que nace de la ignorancia y que con frecuencia se llama timidez, pero que, a mi juicio, no merece tal distinción. La verdadera humildad no es innata, sino que, como toda otra buena cualidad, ha de cultivarse. Las reflexiones sobre los desaciertos de conducta y los errores de opinión la asientan hondo en la mente, especialmente si esos desaciertos y errores han sido causa de dolor —cuando sufrimos por nuestra necedad, la recordamos.

Pocas personas se asoman al fondo de su propio corazón ni reflexionan sobre su carácter, aunque censuren severamente a los demás, afirmando que la culpa está siempre del lado ajeno. Pues bien, me inclino a creer que no hay carácter en el mundo que no necesite corrección y, por consiguiente, atención. Quienes son llamados de buen humor son con frecuencia frívolos, indolentes e insensibles; pero como la sociedad en que se mueven rara vez se muestra disgustada con quien no disputa y sabrá reír un insulto, se imaginan agradables cuando solo son inofensivos. Los de carácter vivo se irritan con demasiada facilidad. El uno necesita un acicate, el otro una rienda. La salud de la mente, como la del cuerpo, ha de obtenerse en general mediante la paciente sumisión a la abnegación y a las operaciones desagradables.

Si la presencia de la Divinidad se inculca y se medita hasta que se establezca en la mente una reverencia habitual, ello frenará los arrebatos de ira y los pinchazos del mal humor, que corroen nuestra paz y nos hacen desdichados sin merecer ninguna compasión.

La sabiduría del Todopoderoso ha dispuesto las cosas de tal suerte que una causa produce muchos efectos. Mientras miramos al fondo de la mente ajena y formamos su carácter, insensiblemente corregimos el nuestro; y cada acto de benevolencia que ejercemos con nuestros semejantes nos presta el servicio más esencial a nosotros mismos. La virtud activa nos dispone para la sociedad de seres más exaltados. Nuestra filantropía es, se nos dice, prueba de que somos capaces de amar a nuestro Creador. En verdad, este amor divino, o caridad, me parece el rasgo principal que subsiste de la ilustre imagen de la Divinidad que fue estampada originalmente en el alma y que ha de renovarse. Las miras elevadas elevarán la mente por encima de los cuidados mezquinos y de las muchas pequeñas flaquezas que nos convierten en tormento para nosotros mismos y para los demás. Nuestro carácter irá mejorando gradualmente, y la vanidad, a la que «la criatura está sometida», no tendrá un dominio total.

Pero me he distraído. Solo un padre juicioso puede manejar a un niño en este importante asunto; y el ejemplo será el mejor refuerzo del precepto.

Cuidad, sin embargo, de no fabricar hipócritas; las llamas sofocadas arderán con más violencia por haber sido reprimidas. No esperéis hacerlo todo vosotros mismos; la experiencia debe habilitar al niño para que os ayude; solo podéis poner los cimientos, o evitar que las malas propensiones se arraiguen en hábitos.

SITUACIÓN DESAFORTUNADA DE LAS MUJERES EDUCADAS A LA MODA Y DEJADAS SIN FORTUNA

Hasta aquí he hablado solo de aquellas mujeres para quienes los padres habrán de proveer. Pero muchas que han recibido una educación esmerada, o al menos a la moda, se quedan sin fortuna, y si no carecen enteramente de delicadeza, habrán de permanecer con frecuencia solteras.

Escasos son los modos de ganarse el sustento, y todos muy humillantes. Quizá ser humilde compañera de algún rico primo lejano, o —lo que es aún peor— vivir con extraños que son tan insoportablemente tiránicos que ninguno de sus propios parientes puede soportar vivir con ellos, aunque esperasen de ellos una fortuna en reversión. Es imposible enumerar las muchas horas de angustia que ha de pasar una persona así. Por encima de los criados, pero considerada por ellos una espía, y recordada siempre

de su inferioridad cuando conversa con los superiores. Si no puede condescender a la adulación vil, no tiene ninguna posibilidad de ser la favorita; y si alguno de los visitantes repara en ella, y ella por un momento olvida su estado subalterno, puede estar segura de que se le recordará.

Dolorosamente sensible al desamor, está viva a todo, y muchos sarcasmos la alcanzan aunque quizá iban dirigidos a otro lado. Está sola, excluida de la igualdad y de la confianza, y la angustia disimulada va minando su constitución; pues ha de mostrar siempre un semblante alegre, o será despedida. El depender del capricho de un semejante, aunque ciertamente muy necesario en este estado de disciplina, es con todo un correctivo muy amargo del que quisiéramos poder librarnos.

Una maestra en una escuela es solo una especie de criada superior, que tiene más trabajo que las demás.

Una institutriz de señoritas es igualmente desagradable. Hay diez posibilidades contra una de que no den con una madre razonable; y si no lo es, estará continuamente encontrando defectos para probar que no es ignorante, y se disgustará si sus alumnas no progresan, pero se enfadará si se toman los medios adecuados para que lo hagan. Las niñas las tratan con irrespeto, y a menudo con insolencia. Entretanto, la vida se desliza, y con ella los ánimos; «y cuando los años juveniles y venturosos han pasado», no tienen nada de qué subsistir; o quizá, en alguna ocasión extraordinaria, se les concede alguna pequeña pensión, que se considera una gran caridad.

Los pocos oficios que quedan van cayendo gradualmente en manos de los hombres, y ciertamente no son muy respetables.

Es duro para quien tiene gusto por la sociedad cultivada mezclarse con la gente vulgar, o condescender a alternar con sus antiguos iguales cuando se la considera bajo una luz distinta. ¡Qué indeseable y desgarrador conocimiento se derrama entonces sobre ella! Me refiero a la visión del egoísmo y la depravación del mundo; pues

toda otra adquisición es fuente de placer, aunque pueda ocasionar inconvenientes pasajeros. ¡Qué hiriente es el desprecio que se le prodiga! Una mente joven busca a su alrededor amor y amistad; pero el amor y la amistad huyen de la pobreza: ¡no los esperes si eres pobre! La mente ha de hundirse entonces en la bajeza y acomodarse a su nuevo estado, o atreverse a ser desdichada. Y con todo, creo que ninguna persona reflexiva renunciaría a la experiencia y al progreso que ha ganado por haber evitado las desgracias; por el contrario, los cuenta agradecida entre las más preciosas bendiciones de la vida, cuando no está bajo la presión inmediata de ellos.

¡Con qué ardor busca una mente llena de sensibilidad la amistad desinteresada, y cuánto anhela encontrar el bien sin mezcla! Cuando la fortuna sonrío, acaricia la dulce ilusión; pero no sospecha que lo es. La nube pintada se desvanece de repente, la escena cambia, y ¡qué vacío angustioso queda en el corazón! Un vacío que solo la religión puede llenar —y ¡cuán pocos buscan este consuelo interior!

Una mujer que tiene belleza sin sentimiento corre gran peligro de ser seducida; y si lo tiene, no puede preservarse de dolorosas mortificaciones. Es muy desagradable mantener una reserva continua con hombres con quienes antes fue familiar; pero si pone su confianza en ellos, hay nueve posibilidades contra una de que sea engañada. Pocos hombres piensan seriamente en casarse con una inferior; y si son bastante honrados para no aprovecharse de la artless ternura de una mujer que ama y no piensa en la diferencia de rango, no la desengañan hasta que ella ha anticipado una felicidad que, contrastada con su situación de dependencia, le parece deliciosa. El desengaño es cruel; y el corazón recibe una herida que no admite fácilmente cura completa, pues el bien que se pierde no se valora según su verdadero mérito: fue la fantasía quien pintó el cuadro, y el pesar se deleita en crear alimento de que nutrirse.

Si lo que he escrito llegara a ser leído por padres que ahora van adelante en extravagancia irreflexiva, ansiosos solo de que sus hijas

sean educadas con distinción, que consideren a qué pesares las exponen; pues no he exagerado el cuadro.

Aunque advierto a los padres que no dejen a sus hijas enfrentarse a tanta miseria, si una mujer joven cae en ella, no debe descontentarse. De todo ha de surgir en última instancia el bien para quienes miran más allá de esta infancia de su ser; y aquí el consuelo de una buena conciencia es nuestro único apoyo firme. El principal negocio de nuestra vida es aprender a ser virtuosos; y Aquel que nos prepara para la bienaventuranza inmortal sabe mejor qué pruebas contribuirán a hacernos tales; y nuestra resignación y nuestro progreso nos harán respetables para nosotros mismos y para ese Ser cuya aprobación vale más que la vida misma. Es cierto que la tribulación produce angustia, y de buena gana evitaríamos el cáliz amargo, aunque convencidos de que sus efectos serían los más saludables. El Todopoderoso es entonces el padre bondadoso que corrige y educa, y no nos complace cuando ello redundaría en daño nuestro. Él es la compasión misma, y nunca hiere sino para sanar, cuando los fines de la corrección han sido logrados.

EL AMOR

Creo que no hay asunto que admita tan poco el razonamiento como el amor; ni pueden establecerse reglas que no parezcan inclinarse demasiado hacia un lado o hacia el otro. Las circunstancias han de regir en gran medida la conducta en este particular; y con todo, ¿quién puede ser juez en su propia causa? Quizá, antes de ponerse a considerar el asunto, ya ven a través del prisma de la pasión, y las sugerencias de esta se confunden a menudo con las de la razón. De

otro modo no podríamos explicar los absurdos matrimonios que a diario tenemos ocasión de observar; pues en esto yerran incluso los hombres y las mujeres más sensatos. Múltiples causas pueden originar un apego: el empeño en desplazar a otro, o el verse confinado por algún accidente a la compañía de una sola persona. Muchos se han encontrado enredados en un asunto de honor que solo pretendían llenar las pesadas horas de manera agradable, o despertar los celos en otro pecho.

Es una tarea difícil escribir sobre un asunto en que nuestras propias pasiones son propensas a cegarnos. Arrastrados por nuestros sentimientos, tendemos a consignar como máximas generales lo que solo nace de nuestra parcial experiencia. Aunque no es fácil decir cómo debe actuar una persona bajo el influjo inmediato de la pasión, no tienen sin duda ninguna excusa quienes se dejan llevar solo por la vanidad y engañan con una conducta equívoca para satisfacerla. Hay tantos coquetos masculinos como femeninos, y son plagas mucho más perniciosas para la sociedad, pues su esfera de acción es mayor y están menos expuestos a la censura del mundo. Un suspiro ahogado, una mirada baja y las muchas otras pequeñas artes que se ponen en juego pueden causar un dolor extremo a una mujer sincera y sin artificio, aunque no pueda resentirse ni quejarse del agravio. Esta clase de coquetería me parece mucho más inexcusable que la inconstancia; y por qué es así me parece tan obvio que no necesito señalarlo.

Las personas sensatas y reflexivas son las más propensas a tener pasiones violentas y constantes, y a ser presa de ellas. Tampoco pueden, por el placer presente, actuar de tal manera que la mirada retrospectiva las llene de confusión y pesar. Quizá una mente delicada no es susceptible de un grado mayor de miseria —dejando a un lado la culpa— que el que ha de nacer de la conciencia de amar a una persona de quien la razón no aprueba. Estoy persuadida de que esto ha ocurrido con frecuencia; y la pasión ha de arrancar o bien de raíz, o bien las continuas tolerancias y excusas que se hacen dañarán la mente y menguarán el respeto por la virtud. El amor sin respaldo de la estima ha de extinguirse pronto, o conducir a la

depravación; al contrario, cuando la persona digna es su objeto, es el mayor incentivo para el progreso y tiene el mejor efecto sobre los modales y el carácter. Debemos procurar siempre fijar en nuestra mente los fundamentos racionales que tenemos para amar a una persona, a fin de poder recordarlos cuando sintamos disgusto o resentimiento; debemos entonces practicar habitualmente la indulgencia, y se evitarían las muchas pequeñas disputas que interrumpen la paz doméstica. Una mujer no puede razonablemente ser desdichada si está unida a un hombre de buen juicio y bondad, aunque él no sea todo lo que ella pudiera desear.

Estoy muy lejos de pensar que el amor es irresistible e invencible. «Si las mujeres débiles se extravían», son ellas, y no los astros, quienes han de ser culpadas. Un empeño resuelto vencerá casi siempre las dificultades. Conocí a una mujer muy joven que estaba ardientemente prendada de un hombre agradable, aunque veía sus defectos; sus principios eran inestables, y su carácter pródigo la habría obligado a refrenar todo impulso benévolo de su corazón. Ejerció su influencia para mejorarlo, pero en vano lo intentó durante años. Convencida de la imposibilidad, determinó no casarse con él, aunque se vio forzada a afrontar la pobreza y sus compañeras.

Es demasiado universal la máxima de los novelistas de que el amor se siente solo una vez; aunque me parece que el corazón que es capaz de recibir una impresión y de discernir, se volverá hacia un nuevo objeto cuando el primero se revele indigno. Estoy convencida de que esto es practicable cuando el respeto por la bondad ocupa el primer lugar en la mente, y cuando la noción de perfección no se cifra en la constancia. Muchas señoras están delicadamente desdichadas e imaginan que lamentan la pérdida de un amante, cuando están llenas de complacencia en sí mismas y de reflexiones sobre su propia refinada superioridad. Los sentimientos dolorosos se prolongan más allá de su curso natural para satisfacer nuestro deseo de pasar por heroínas, y nos engañamos a nosotras mismas tanto como a los demás. Cuando un golpe repentino del destino nos priva de quienes amamos, puede que no nos repongamos pronto del golpe; pero cuando descubrimos que nos han extraviado nuestras

pasiones, y que fue nuestra propia imaginación la que dio el color vivo al cuadro, podemos estar seguras de que el tiempo lo borrará de nuestra mente. Pues no podemos pensar a menudo en nuestra necedad sin disgustarnos con nosotras mismas, y tales reflexiones se desechan pronto. El hábito y el deber cooperarán, y la religión puede vencer lo que la razón ha combatido en vano; pero el refinamiento y el romanticismo se confunden a menudo, y se supone que la sensibilidad, que ocasiona esta clase de inconstancia, produce el efecto contrario.

Nada puede contribuir más a destruir la paz del alma que los apegos platónicos. Se inician en un refinamiento falso y frecuentemente acaban en la pena, cuando no en la culpa. Los dos extremos se encuentran con frecuencia, y la virtud llevada al exceso conducirá a veces al vicio opuesto. No quiero insinuar con ello que no existe tal cosa como la amistad entre personas de distinto sexo; estoy convencida de lo contrario. Solo deseo observar que, si el corazón de una mujer está libre, no debe ceder a una ilusión placentera e imaginar que se contentará con la amistad de un hombre a quien admira y al que prefiere al resto del mundo. El corazón es muy traicionero, y si no guardamos sus primeras emociones, no podremos después impedir que suspire por imposibles. Si hay barreras insuperables para una unión en la forma común, procurad desechar esa ternura peligrosa, o minará vuestro bienestar y os llevará a muchos errores. Pretender elevarnos por encima de los seres humanos es ridículo; no podemos extirpar nuestras pasiones, ni es necesario que lo hagamos, aunque a veces sea prudente no acercarse demasiado al precipicio, no sea que caigamos antes de darnos cuenta. No podemos evitar mucha vexación y pesar, por muy prudentes que seamos; corresponde pues a la sabiduría disfrutar de aquellos destellos de sol que no ponen en peligro nuestra inocencia ni conducen al arrepentimiento. El amor dora todas las perspectivas de la vida, y aunque no siempre puede excluir la apatía, hace que muchas preocupaciones parezcan triviales. El deán Swift odiaba al mundo y solo amaba a determinadas personas; pero el orgullo rivalizó con ellas. Un necio

deseo de elevarse por encima de las necesidades y apetitos comunes de la especie humana le hizo singular, aunque no respetable. Sacrificó a una mujer amable a su capricho, e hizo que lo evitaran quienes habrían sido instruidos y deleitados por su conversación, si él hubiera amado a alguien tanto como a sí mismo. La benevolencia universal es el primer deber, y debemos cuidar de no dejar que ninguna pasión absorba tanto nuestros pensamientos que nos impida practicarla. Después de todos los sueños de arrobamiento, los placeres terrenales no llenarán la mente ni la sostendrán cuando no tienen la sanción de la razón, o cuando se depende demasiado de ellos. El tumulto de la pasión se calmará, e incluso las punzadas del desengaño dejarán de sentirse. Pero para los malvados hay un gusano que nunca muere: la conciencia culpable. Mientras que esa tranquila satisfacción que produce la resignación, que no puede describirse pero que puede alcanzarse en algún grado por quienes procuran mantenerse en el camino estrecho, aunque espinoso, que conduce a la bienaventuranza, santificará los pesares y ennoblecerá el carácter de la virtud.

EL MATRIMONIO

Los matrimonios tempranos son, a mi juicio, un freno para el progreso. Si hubiéramos nacido solo para «nutrirse, propagarse y podrirse», cuanto antes se cumpliera el fin de la creación, mejor; pero como se reconoce que las mujeres tienen alma, el alma merece atención. En la juventud, una mujer se afana en agradar al otro sexo, en general con miras al matrimonio, y ese afán pone en juego todas sus facultades. Si ha recibido una educación tolerable, solo se han puesto los cimientos, pues la mente no llega pronto a la

madurez y no debe absorberse en quehaceres domésticos antes de que se hayan fijado algunos hábitos. Las pasiones ejercen también demasiada influencia sobre el juicio para que este pueda guiarla en este asunto tan importante; y muchas mujeres, estoy persuadida, se casan antes de los veinte años con un hombre al que habrían rechazado algunos años después. Con mucha frecuencia, cuando la educación ha sido descuidada, la mente se mejora por sí misma si tiene ocio para la reflexión y experiencia de qué reflexionar; pero ¿cómo puede ocurrir esto cuando se las fuerza a actuar antes de haber tenido tiempo de pensar, o cuando descubren que están casadas sin ventura? Más aún, aunque tengan la fortuna de encontrar un buen marido, no sabrán apreciarlo en su justo valor; lo encontrarán muy inferior a los amantes descritos en las novelas, y su falta de conocimiento las hace frecuentemente disgustarse con el hombre cuando la falta está en la naturaleza humana.

Cuando la mente de una mujer ha ganado alguna fortaleza, prestará con toda probabilidad mayor atención a sus actos de lo que puede esperarse de una muchacha; y si piensa seriamente, elegirá por compañero a un hombre de principios; y esto quizá no lo consideran suficientemente los jóvenes, ni ven la necesidad de hacerlo. Una mujer de sentimiento ha de verse muy herida si se ve obligada a mantener a sus hijos alejados de la compañía de su padre para que su moral no se corrompa por su trato; y además, toda la ardua tarea de la educación recae sobre ella, y en tal caso no es muy practicable. La atención a la educación de los hijos ha de ser penosa cuando la vida parece tener tantos atractivos y sus placeres no se revelan ilusorios. Muchas apenas han salido del internado cuando se las coloca al frente de una familia, y cuán aptas están para manejarla lo dejo al juicio de los sensatos. ¿Pueden mejorar el entendimiento de un niño quienes apenas han salido ellas mismas del estado de la infancia?

La dignidad de modales y la conveniente reserva también faltan con frecuencia. La consecuencia constante de una excesiva familiaridad es el desprecio. Las mujeres son a menudo antes del matrimonio muy recatadas, y después creen que pueden ceder

inocentemente a la ternura y abrumar al pobre hombre con ella. Creen tener derecho legal a sus afectos y se vuelven remisos en sus esfuerzos por agradar. Hay mil delicadezas innominadas que el buen juicio engendra, y pruebas naturales de afecto que brotan del corazón y lo alcanzarán, si no está depravado. Siempre me ha parecido que bastaba con que una mujer recibiera caricias sin prodigarlas. Debe distinguir entre el apego y la ternura. Esta última es el más dulce cordial de la vida; pero, como todos los cordiales, debe reservarse para ocasiones particulares: para exaltar el espíritu cuando está deprimido por la enfermedad, o abatido por el pesar. La sensibilidad será el mejor maestro. Algunas delicadezas nunca pueden señalarse ni describirse, aunque se asientan hondo en el corazón y hacen soportables las horas de angustia.

Una mujer debe tener un orgullo tan conveniente que no olvide fácilmente un agravio deliberado; aunque no debe apresurarse a resentir cualquier pequeña frialdad. No siempre podemos sentir lo mismo, y todos estamos sujetos a cambios de carácter sin causa adecuada.

La razón ha de ser llamada con frecuencia para llenar los vacíos de la vida; pero demasiadas de nuestro sexo dejan la suya adormecida. Un poco de ridículo y un giro agudo de expresión con frecuencia confutan sin convencer; y se recurre a ardidés para despertar la ternura, incluso mientras se está perdiendo la estima.

Se dice que las mujeres son el vaso más débil, y muchas son las miserias que esta debilidad les acarrea. Los hombres tienen en algunos respectos gran ventaja. Si tienen un entendimiento tolerable, este tiene oportunidad de cultivarse. Se ven forzados a ver la naturaleza humana tal como es, y no se les deja encerrados en los cuadros de su propia imaginación. Nada, estoy segura, ejercita tanto las facultades como verse obligado a luchar con el mundo; y eso no es la provincia de una mujer en el estado matrimonial. Su esfera de acción no es grande, y si no se le enseña a mirar en su propio corazón, ¡cuán triviales son sus ocupaciones y sus propósitos! ¡Qué pequeñas artimañas la absorben y estrechan su mente! «La astucia

llena el vasto vacío del juicio», y los cuidados que no mejoran el corazón ni el entendimiento ocupan su atención. Naturalmente, cae víctima de la cólera pueril y de los humores caprichosos y vanos, que la hacen más bien insignificante que viciosa.

En una situación cómoda, una mente cultivada es necesaria para que una mujer esté contenta; y en una miserable, es su único consuelo. Una mujer sensata y delicada que, por algún extraño accidente o error, está unida a un necio o a un bruto, ha de ser desdichada más allá de toda expresión, si sus miras se limitan al panorama presente. ¡Cuánta importancia tiene, pues, el progreso intelectual, cuando de él dependen nuestra dicha aquí y nuestra felicidad en el más allá!

Los principios de religión deben estar fijados, y no dejarse que la mente fluctúe en el momento de la angustia, cuando no puede recibir auxilio de ningún otro cuartel. La convicción de que todo obra para nuestro bien apenas producirá resignación cuando nos vemos privadas de nuestras más caras esperanzas. Cómo pueden estar satisfechos quienes no tienen esta convicción, no puedo concebirlo; más bien pienso que se volverán hacia algún apoyo mundano y caerán en la frivolidad, cuando no en el vicio. Pues un poco de refinamiento solo conduce a una mujer a los desiertos del romanticismo si no es religiosa; es más, no hay sentimiento verdadero sin ello, ni quizá ningún otro freno eficaz para las pasiones.

PENSAMIENTOS VARIOS

Como todo género de quehaceres domésticos y de asuntos de familia es propiamente la esfera de la mujer, para habilitarla a cumplir con su deber debería estudiar las distintas ramas de ellos. Nada es más útil en una familia que un poco de conocimiento de la medicina, suficiente para hacer de la señora de la casa una enfermera juiciosa. Muchos, habiendo tenido un médico sensato que les atendiera, se han perdido por falta de la otra parte; pues la ternura sin juicio hace a veces más daño que bien.

Los ignorantes imaginan que en la práctica de la medicina hay algo muy misterioso. Esperan que la medicina obre como un encanto, y nada saben del progreso y la crisis de los trastornos. Mantener al paciente a dieta les parece cruel, todo régimen es desatendido, y aunque la fiebre arrecia, no hay modo de persuadirlos de que no le den alimentos inflamatorios. «¿Cómo — dicen— puede una persona reponerse sin alimento?»

También el alma ha de ser consolada al mismo tiempo; y en verdad, cuando decae, el consuelo es, al principio, mejor que el razonamiento. Los nervios aflojados no se tonifican con palabras. Cuando la mente está atormentada por la preocupación o abatida por el pesar, no puede en un instante serenarse y atender a la voz de la razón.

San Pablo dice: «Ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados». Es evidente, por estas palabras del Apóstol y por muchos otros pasajes de las Escrituras, que las aflicciones son necesarias para enseñarnos la verdadera sabiduría, y que, a pesar de esta convicción, los hombres desearían evitar el cáliz amargo, aunque estuvieran seguros de que beberlo

contribuiría a purificar sus corazones. Quien nos hizo debe saber qué tenderá a nuestro bien último; y con todo, todo esto es penoso, y el corazón palpitará de angustia cuando se ve privado de lo que ama, y la lengua apenas podrá balbucir una aquiescencia a la voluntad divina cuando es tan contraria a la propia. Debe hacerse pues la debida concesión a las flaquezas humanas, y los desdichados han de ser considerados como objetos de compasión, y no de censura. Pero en estilo muy diferente suele ir el consejo consolatorio; pues en lugar de derramar aceite o vino en la herida, tiende a convencer a los desventurados de que son débiles además de desdichados. Me inclino a pensar que el pesar y la resignación no son incompatibles; y que aunque la religión no puede hacer agradables algunos desengaños, nos impide quejarnos incluso mientras los sufrimos. Si nuestros sentimientos y nuestra razón coincidieran siempre, nuestro paso por este mundo no podría llamarse justamente una lucha, y la fe dejaría de ser una virtud. Es el hecho de preferir las cosas que no se ven a las que se ven lo que nos acredita como herederos de la promesa.

Sobre la palabra segura del Altísimo nos apoyamos con firme confianza en que los sufrimientos de la vida presente obrarán un peso eterno de gloria incomparablemente mayor; y con todo, se reconoce que son aflicciones que, aunque temporales, no dejan de ser penosas.

La diferencia entre quienes lloran sin esperanza y quienes miran al cielo no está en que los unos sientan más que los otros, pues pueden estar igualmente abatidos; sino en que los últimos piensan en los frutos apacibles que han de resultar de la disciplina, y por ello se someten con paciencia.

Casi he escrito un sermón —y no pienso disculparme por ello. Todo cuanto contribuye a hacernos compasivos y resueltos es de la mayor consecuencia; ambas cualidades son necesarias si estamos confinadas a una cámara de enfermos. Variadas son las desdichas de la vida, y puede tocarle a la mayoría de nosotros ver la muerte en todos sus terrores cuando ataca a un amigo; y aun entonces

debemos ejercer nuestra amistad e intentar alentar al espíritu que parte.

LOS BENEFICIOS QUE NACEN DE LOS DESENGAÑOS

La mayor parte de las mujeres, y también de los hombres, no tienen carácter alguno. Las opiniones justas y las pasiones virtuosas se manifiestan por momentos, y mientras nos entregamos al amor y a la admiración que esas cualidades despiertan, son criaturas muy distintas. Es la reflexión la que forma los hábitos y fija los principios de manera indeleble en el corazón; sin ella, la mente es como un naufragio zarandeado por cada ventolera. La pasión que más pensamos pronto rivaliza con todas las demás; está en nuestra mano, de este modo, fortalecer nuestras buenas disposiciones y en cierta medida establecer un carácter que no dependa de cada impulso accidental. Estar convencidos de verdades y no sentir las ni actuar conforme a ellas es algo habitual. El placer presente lo barre todo, y la adversidad es misericordiosamente enviada para obligarnos a pensar.

En la escuela de la adversidad aprendemos conocimiento y virtud al mismo tiempo; y sin embargo lamentamos nuestra dura suerte, nos recreamos en nuestros desengaños y nunca consideramos que nuestras propias mentes tornadizas e inconsistentes corazones requieren esos correctivos necesarios. Los medicamentos no se envían a los que están sanos.

Es una observación bien conocida que nuestros propios deseos no nos dan lo que deseamos. Con frecuencia he pensado que podría establecerse como máxima que el mayor desengaño que podemos sufrir es el cumplimiento de nuestros más queridos deseos. Pero la verdad a veces no es agradable; nos apartamos de ella y nos encaprichamos de una ilusión; y si no estuviéramos en estado de prueba, haríamos bien en espesar la nube antes que disiparla.

Hay quienes se deleitan en observar la belleza moral, y su alma enferma cuando se ve forzada a contemplar crímenes y frivolidades que nunca podrían perjudicarla. ¡Cuán numerosas son las penas que alcanzan semejantes pechos! Bien pueden llamarse criaturas humanas; por todos lados tocan a sus semejantes y vibran al contacto. La humanidad común señala los deberes más importantes de nuestra condición; pero solo la sensibilidad —una especie de instinto fortalecido por la reflexión— puede enseñar las innumerables cosas menudas que dan pena o placer.

Una mente benévola sufre a menudo más que el objeto al que compadece, y soportará un inconveniente ella misma para librar a otro de él. Hace concesiones a las flaquezas aunque anhela encontrar la perfección, para cuya adoración parece formada. El Autor de todo bien se llama a sí mismo continuamente Dios de larga paciencia; y quienes más se le asemejan son los que practican la indulgencia. El amor y la compasión son los sentimientos más deliciosos del alma, y el deseo del corazón benévolo es ejercerlos con todo ser viviente. Luchar con la ingratitud y el egoísmo es una amargura más allá de toda expresión; y el sentido que tenemos de nuestra flaqueza, aunque útil, no es agradable. Así nos ocurre cuando buscamos la felicidad: topamos con vexaciones; y si de vez en cuando cedemos a la ternura, o a cualquiera de las pasiones amables, y gustamos el placer, la mente, distendida más allá de su tono habitual, cae en la apatía. ¡Y sin embargo, fuimos hechos para ser felices! Pero nuestras pasiones no contribuirán mucho a nuestra dicha hasta que estén bajo el dominio de la razón, y hasta que esa razón sea iluminada y mejorada. Entonces cesarán los suspiros, y

toda lágrima será enjugada por ese Ser en cuya presencia hay plenitud de gozo.

Una persona de ternura siempre ha de tener apegos particulares, y siempre ha de ser desengañada; y con todo, siempre ha de estar apegada, a pesar de la humana fragilidad; pues si la mente no es mantenida en movimiento por la esperanza o el temor, cae en el estado lamentable antes mencionado.

He oído muy a menudo tomar a risa el hecho de que, cuando alguien se desengaña de este mundo, se vuelva al otro. Nada puede ser más natural que esa transición; y me parece que es el designio de la Providencia que el hallarnos insatisfechos aquí nos obligue a pensar en el país mejor adonde vamos.

EL TRATO CON LOS CRIADOS

El manejo de los criados ocupa gran parte de la vida de una mujer; y su propio carácter depende mucho de su comportamiento con ellos.

Los criados son, en general, ignorantes y astutos; debemos considerar sus caracteres si queremos tratarlos apropiadamente, y practicar continuamente la indulgencia. Los mismos métodos que usamos con los niños pueden aplicarse con ellos. Obrad con uniformidad y no encontréis faltas sin causa justa; y cuando la haya, sed firmes, pero no coléricos. Una mente que no está demasiado absorbida en nimiedades no se turba por cada pequeño contratiempo doméstico; y una persona reflexiva puede muy fácilmente hacer concesiones a esas faltas que nacen de la falta de

reflexión y de educación. He visto la paz de toda una familia perturbada por algún accidente trivial y molesto, y horas gastadas en inútiles reproches sobre algún error que nunca habría sido pensado de no ser por las consecuencias que de él se derivaron. Un error de juicio o un accidente no deben ser reprehendidos con severidad. Es prueba de sabiduría aprovechar la experiencia y no lamentar males irremediables.

Una persona benévola ha de desear siempre ver a quienes la rodean a gusto, y esforzarse por ser la causa de ese bienestar. La gran diferencia que hace la educación impediría, supongo, la familiaridad en términos de igualdad; y con todo, ha de mostrarse bondad, si deseamos que nuestros domésticos estén ligados a nuestros intereses y a nuestras personas. ¡Qué agradable es ser atendido con una sonrisa voluntaria, ser consultado cuando están en apuros y ser mirado como amigo y benefactor cuando están en aprietos! Es cierto que a menudo podemos encontrar ingratitud, pero no debe desanimarnos; las lluvias refrescantes del cielo fertilizan los campos del indigno tanto como los del justo. Debemos cuidarlos en la enfermedad, y nuestro superior juicio en esos asuntos aliviaría a menudo sus dolores.

Sobre todo, les debemos un buen ejemplo. Las ceremonias de la religión deben observarse por consideración a ellos, pues siempre las reverencian hasta el superstición, o bien las descuidan del todo. No debemos conmovir la fe de la más humilde criatura; es más, debemos condescender con sus prejuicios; pues sus nociones religiosas están tan impregnadas de ellos que no se separan fácilmente, y al intentar arrancar la cizaña podríamos desarraigar el trigo con ella.

La mujer que en la cocina cede al capricho y al malhumor no puede fácilmente alisar su ceño cuando su marido vuelve al hogar; es más, puede que él no solo vea las arrugas de la cólera, sino que oiga las disputas de segunda mano. Oí a un caballero decir que rompería el corazón de cualquier hombre oír a su mujer discutir semejante asunto. Los hombres que se ocupan en cosas de

consecuencia consideran esos asuntos más insignificantes de lo que realmente son; pues el calor con que nos entregamos a cualquier negocio acrecienta su importancia, y el no entrar en ellos tiene el efecto contrario.

El comportamiento de las niñas con los criados es en general extremo: demasiado familiar o altanero. Y de hecho lo uno produce con frecuencia lo otro, como corrección, cuando las libertades resultan molestas.

No podemos hacer a nuestros criados sabios ni buenos, pero podemos enseñarles a ser decentes y ordenados, y el orden conduce a algún grado de moralidad.

LA OBSERVANCIA DEL DOMINGO

La institución de guardar santo el séptimo día fue sabiamente ordenada por la Providencia con dos fines: descansar el cuerpo y apartar la mente de la persecución demasiado ansiosa de las sombras de esta vida, las cuales, me temo, oscurecen con frecuencia la perspectiva de la eternidad y fijan nuestros pensamientos en la tierra. El respeto a esta ordenanza es, estoy persuadida, de la mayor consecuencia para la religión nacional. El pueblo llano tiene de ella tal concepto que para ellos ir a la iglesia y ser religioso son términos casi sinónimos. Están tan perdidos en sus sentidos que si este día no se los recordara continuamente, pronto olvidarían que hay un Dios en el mundo. Ciertas formas son necesarias para sostener la religión vital, y sin ellas pronto languidecería y al final se extinguiría.

Es desafortunado que este día se observe o con una exactitud puritana que lo hace muy penoso, o se pierda en la disipación y el descuido. De una u otra manera es muy perjudicial para las mentes de los niños y los criados, que no deben dejarse correr desenfrenados ni confinarse con demasiada rigidez; y sobre todo no deben ver a sus padres o amos entregarse a cosas que generalmente se consideran incorrectas. Estoy plenamente persuadida de que los criados tienen tal concepto del juego de naipes que dondequiera que se practique en domingo sus mentes resultan dañadas; y la barrera entre el bien y el mal queda en cierta medida derribada. Los criados que están acostumbrados al trabajo corporal caerán en placeres igualmente laboriosos si no se los frena con suavidad y se les encuentra algún sustituto.

Una atención tan estrecha a la familia puede parecer a muchos muy desagradable; pero el camino del deber se encontrará agradable pasado algún tiempo; y las pasiones, empleadas de este modo, irán gradualmente sometiéndose al dominio de la razón. No pretendo ser rígida; los obstáculos que surgen en el camino del deber no se le ocurren a quien solo especula; sé también que en el momento de la acción, incluso una mente bien dispuesta es con frecuencia arrastrada por el impulso presente, y que se requiere alguna experiencia para poder distinguir los dictados de la razón de los de la pasión. La verdad rara vez se descubre hasta que el tumulto ha pasado; entonces despertamos como de un sueño, y cuando examinamos lo que hemos hecho y sentimos su necedad, podríamos llamar a la razón y decirle: ¿por qué dormías? Y aunque las personas sean descarriadas por sus pasiones, e incluso recaigan después del arrepentimiento más amargo, no deben desesperar, sino seguir procurando recobrar el camino recto y cultivar hábitos que puedan asistirlos.

Nunca he conocido mucha virtud social residir en una casa donde el sábado era groseramente violado.

SOBRE EL INFORTUNIO DE LOS PRINCIPIOS VACILANTES

Si buscamos algún consuelo en la amistad o en la sociedad, debemos relacionarnos con quienes tienen principios fijos en lo que respecta a la religión; pues sin ellos, la experiencia repetida me convence de que las cualidades más brillantes son inestables y no merecen confianza.

Me ha sorprendido con frecuencia que tan pocas personas examinen los principios de la religión que profesan, o sean cristianos por convicción. No tienen ancla en que apoyarse, ni carta fija que los dirija en el dudoso viaje de la vida; ¿cómo pueden entonces esperar hallar el «puerto de reposo»? Pero en ello no piensan, y no puede esperarse que renuncien a ventajas presentes. Las acciones nobles han de nacer de pensamientos y miras nobles; cuando estos se limitan a este mundo, han de ser rastrero.

La fe, en lo que respecta a la promesa de la felicidad eterna, es la única que puede habilitarnos para combatir con nuestras pasiones con alguna posibilidad de victoria. Hay muchos que no prestan atención a la revelación, y más quizá que no tienen ninguna creencia fija en ella. Se desdeña la palabra segura de consuelo; y cómo puede vivirse sin ella, apenas puedo concebirlo. Pues así como el sol renueva la faz de la naturaleza y destierra las tinieblas del mundo, esta bendición aún mayor tiene el mismo efecto en la mente, y la ilumina y la alegra cuando todo lo demás falla.

Un verdadero sentido de nuestras flaquezas es el camino para hacernos cristianos en el sentido más amplio de la palabra. Una mente abatida bajo el peso de sus debilidades solo puede hallar consuelo en las promesas del Evangelio. El auxilio allí ofrecido ha de levantar el alma humilde; y el relato de la expiación que se ha hecho

proporciona un fundamento racional para descansar en la esperanza hasta que haya terminado el trabajo de la virtud y la fe no tenga nada en que ejercitarse.

Está de moda ahora que los jóvenes sean deístas. Y no pocos libros impropios son lanzados a la deriva en un mar de dudas sin fin. Este no es un territorio de certidumbre; no hay manera de confinar a la errante razón, y solo hay una clave para que no se pierda en investigaciones interminables. La razón es, en verdad, la lámpara encendida por el cielo en el hombre, y puede confiarse en ella con seguridad cuando no se depende enteramente de ella; pero cuando pretende descubrir lo que está más allá de su alcance, extiende sin duda la cuerda demasiado y cae en el absurdo. Algunas especulaciones son vanas y otras perjudiciales, pues alimentan el orgullo y vuelven los pensamientos hacia temas que debieran dejarse sin explorar. Con amor y reverencia debemos pensar en el Alto y Excelso que habita en la eternidad, y no presumir de decir cómo ha de existir el que nos creó. ¡Qué desafortunado es que el hombre haya de hundirse hasta ser un bruto y no emplear su mente, o bien, al pensar, volverse tan arrogante que se imagine a menudo ser un ser superior! No es a las dudas de los pensadores profundos a las que aquí aludo, sino a las crudas nociones que los jóvenes exhiben cuando están reunidos, y a veces en compañía de mujeres jóvenes, para maravillarlas con su superior sabiduría. No puede haber nada más peligroso para una mente no acostumbrada a pensar que las dudas expresadas en tono burlesco. Nunca profundizan lo suficiente para resolverlas, y naturalmente se les pegan; y aunque quizá no influyan en su conducta, si el miedo al mundo les impide caer en vicios, sus pensamientos no están refrenados, y han de vigilarse con diligencia, «pues de ellos manan los manantiales de la vida». Ha de adquirirse un sentido fino de lo recto y lo torcido, y entonces no solo se evitarán los grandes vicios, sino todas las pequeñas bajezas; la verdad reinará en lo íntimo, y la misericordia la acompañará.

Siento tanta compasión por las mujeres jóvenes que entran en el mundo sin principios fijos, que quería persuadirlas de que

examinaran un poco el asunto. Pues aunque en la estación de la alegría no sientan su falta, en la de la angustia ¿adónde irán en busca de socorro? Incluso con este apoyo, la vida es una labor de paciencia —una lucha; y lo máximo que podemos ganar es una pequeña porción de paz, una especie de tranquilidad vigilante sujeta a continuas interrupciones.

"Refrena pues cada pasión, por querida que sea; cree, la ternura es la más severa de todas. Guarda, mientras es tuya, tu paz filosófica, y no pidas otro bien que el de la paz virtuosa; esa que desafía las tormentas del destino: la alta dicha solo existe en un estado más alto."

Thomson

LA BENEVOLENCIA

Esta primera y más amable de las virtudes se encuentra con frecuencia en personas jóvenes que después se vuelven egoístas; el conocimiento de las artimañas ajenas les sirve de excusa para practicar las mismas, y porque han sido engañadas una vez, o han encontrado objetos indignos de su caridad, si alguien apela a sus sentimientos, la formidable palabra «impostura» destierra al instante las emociones compasivas y acalla la conciencia. No pretendo limitar el ejercicio de la benevolencia a la limosna, aunque es una parte muy esencial de ella. La fe, la esperanza y la caridad han de acompañarnos en nuestro paso por este mundo; pero las dos primeras nos abandonan cuando morimos, mientras que la otra ha de ser el huésped constante de nuestro pecho por toda la eternidad. No debemos dejar que la codicia apague esa chispa celestial; si lo

hacemos, ¿cómo podemos esperar que se avive cuando el alma se desencadene del cuerpo y deba estar preparada para los reinos del amor? La indulgencia y la liberalidad de sentimiento son las virtudes de la madurez. A los niños ha de enseñárseles todo de manera positiva; y solo su propia experiencia puede enseñarles después a hacer distinciones y concesiones. Corresponde pues a la parte inferior de la benevolencia la que está al alcance de su acción, y no ha de dejársela adormecer. Parte del dinero que se les da de bolsillo ha de animárseles a gastarlo de este modo, y los efímeros impulsos de compasión han de retrazarse continuamente hasta que se conviertan en hábitos.

Conocí a un niño que, siendo muy pequeño, se sentaba a llorar cuando se topaba con un pobre después de haber gastado su dinero en pasteles; esto ocurrió una o dos veces, y las lágrimas se derramaban con angustia adicional cada vez; hasta que al fin resistió la tentación y guardó el dinero.

Creo que es un método muy bueno que las niñas tengan una asignación fija para ropa. Una madre puede fácilmente, sin parecerlo, observar cómo la gastan y orientarlas en consecuencia. De este modo aprenderían el valor del dinero y se verían obligadas a economizar. Esta sería una lección práctica de economía superior a todas las teorías que pudieran pensarse. El tener una cantidad fija les permitiría también ser caritativas en el verdadero sentido de la palabra, pues entonces darían lo suyo propio; y negándose pequeños adornos y haciendo ellas mismas sus labores, podrían aumentar la suma destinada a obras de caridad.

Un principio vivo de esta clase vencería también la indolencia; pues he conocido a personas al mismo tiempo despilfarradoras y cicateras: pero el despilfarro era para ahorrarse molestias, y solo los demás sentían los efectos de su tacañería, para equilibrar la balanza.

Las mujeres limitan con demasiada frecuencia su amor y su caridad a sus propias familias. No fijan en su mente la precedencia de las obligaciones morales, ni hacen que sus sentimientos cedan ante el deber. La buena voluntad hacia toda la raza humana debe

morar en nuestros pechos, y el amor a los individuos no debe inducirnos a violar este primer deber, ni a sacrificar el interés de ningún semejante para promover el de otro por quien quizá tengamos más predilección. A unos padres en situación angustiada ha de ayudárseles, aunque ello impida ahorrar una fortuna para un hijo; es más, si ambos están al mismo tiempo en angustia, la obligación anterior ha de cumplirse primero.

Bajo este epígrafe puede incluirse el trato con los animales. Sobre ellos tiran muchos niños con impunidad; y encuentran diversión en atormentar o en matar gratuitamente cualquier insecto que encuentran a su paso, aunque no les cause ningún daño. Estoy persuadida de que, si se les contaran historias de ellos y se les llevara a interesarse por su bienestar y sus ocupaciones, serían tiernos con ellos; tal como están las cosas, consideran al hombre como la única cosa de consecuencia en la creación. Una vez impedí que una niña matara hormigas por diversión adaptando a su comprensión el relato del señor Addison sobre ellas. Desde entonces tuvo cuidado de no pisarlas, para no angustiar a toda la comunidad.

Las historias de insectos y animales son las primeras que deben despertar las pasiones infantiles y ejercitar la humanidad; de ahí pasarán al hombre, y del hombre a su Hacedor.

EL JUEGO DE NAIPES

El juego de naipes es hoy el pasatiempo constante —diría el empleo— de jóvenes y viejos en la vida distinguida. Después de toda la fatiga del tocador, las muchachas florecientes se sientan ante las mesas de juego, y se evocan las pasiones más ingratas. La avaricia

no espera a que lleguen las canas y las arrugas, sino que marca un semblante donde deberían reinar las gracias y los amores. Las horas que deberían dedicarse a mejorar la mente, o a una recreación inocente, se desperdician así; y si el juego no es bastante considerable para despertar las pasiones, se pierde en la insipidez, y se adquiere un hábito que puede conducir a graves daños. Sin hablar del azar, mucha gente juega más de lo que puede permitirse perder, y ello agria su carácter. Los naipes son el refugio universal al que acuden los ociosos y los ignorantes para pasar la vida y mantener despiertas sus almas inactivas con el tumulto de la esperanza y el temor.

"Para ellos desconocido, cuando los placeres sensibles cansan, llenar la pausa lánguida con un goce más fino; desconocidas aquellas potencias que elevan el alma a la llama, cogen cada nervio y vibran en todo el ser."

Y naturalmente, esta es su diversión predilecta. Parece necesaria una atención silenciosa y estúpida; y con demasiada frecuencia se practican pequeñas artimañas que envilecen el carácter y le dan en el mejor caso un giro frívolo. Nada puede ser más absurdo que permitir que las niñas adquieran afición a los naipes. En la juventud la imaginación es viva, y la novedad da encantos a cada escena; el placer casi se ofrece él solo, y la mente plástica y los afectos cálidos se trabajan fácilmente. No necesitan de esos recursos que incluso personas respetables y sensatas encuentran a veces necesarios, cuando ven la vida tal como es —insatisfactoria— y no pueden anticipar placeres que saben que se desvanecerán al verlos de cerca. La juventud es la estación de la actividad, y no ha de perderse en la languidez. Ha de adquirirse conocimiento, ha de alentarse una ambición laudable; y aun los errores de la pasión pueden producir experiencia útil, expandir las facultades y enseñarles a conocer su propio corazón. Las habilidades más brillantes y las disposiciones más amables de la mente requieren cultivo y una situación apropiada, no solo para madurar y perfeccionarse, sino para protegerlas de las perversiones del vicio y de la influencia contagiosa de los malos ejemplos.

EL TEATRO

Los entretenimientos que ofrece este lugar se consideran generalmente los más racionales, y en verdad lo son para una mente cultivada; y sin embargo, una que no esté del todo formada puede aprender afectación en el teatro. Muchas de nuestras tragedias admiradas están demasiado llenas de declamación y de una exhibición falsa de las pasiones. A menudo se hace que la heroína llore diez o veinte años, y sin embargo el dolor sin mengua no ha dado palidez a sus mejillas; sigue inspirando la pasión más violenta en cada espectador, y la suya propia no cede al tiempo. Los rasgos más visibles de una pasión son fácilmente copiados, mientras se pasan por alto los toques más delicados. Aquel arranque de Cordelia cuando su padre dice: «Creo que esa señora es mi hija», me ha conmovido más de lo que puedo expresar, cuando podía escuchar impasible a Calista describir la cueva en que viviría «hasta que sus lágrimas hubieran lavado su culpa».

Los personajes principales son con demasiada frecuencia elevados por encima de la naturaleza humana, o hundidos por debajo de ella; y esto da lugar a muchas falsas conclusiones. El principal uso de las representaciones dramáticas debería ser enseñarnos a distinguir los caracteres; pero si nos contentamos con separar los buenos de los malos, somos observadores muy superficiales. ¿Me atrevo a aventurar una conjetura? No puedo dejar de pensar que toda criatura humana tiene alguna chispa de bondad que su Padre longánime y benévolo le da la oportunidad de desarrollar, aunque pueda perversamente ahogarla antes de dejar de respirar.

La muerte se trata con demasiada ligereza; y se la busca, cuando ocurren desengaños, con un grado de impaciencia que prueba que no se ha considerado el fin principal de la vida. Ese espantoso castigo del pecado y convulsión de la naturaleza se expone con demasiada frecuencia a la vista pública. Hasta hace muy poco no tuve valor siquiera para mirar a una persona moribunda en el escenario. La hora de la muerte no es el momento para exhibir las pasiones; ni creo que sea natural que lo sea: la mente está entonces

terriblemente perturbada, y no se piensa en las miserias triviales de este mundo. Las muertes en escena, a pesar de la tan cacareada sensibilidad de la época, parecen tener en el público refinado el mismo efecto que la ejecución de los malhechores tiene en la chusma que los sigue hasta el patíbulo.

Se inculca la peor especie de inmoralidad, y la vida —que ha de determinar la suerte de la eternidad— se abandona cuando se pierde un reino o una amante. La paciencia y la sumisión a la voluntad del cielo, y esas virtudes que nos hacen útiles a la sociedad, no se ponen en primer plano; ni pueden tampoco dar lugar a esas sorprendentes vueltas de la fortuna que más deleitan a las mentes vulgares. El progreso casi imperceptible de las pasiones, que Shakespeare ha delineado con tanto acierto, no se observa suficientemente, aunque se aplauda el arranque del actor. Pocas tragedias, creo, satisfarán a una persona de discernimiento, y su sensibilidad habrá de resultar herida.

Las personas jóvenes que están felizmente situadas hacen bien en sumergirse en el sufrimiento ficticio; y si tienen alguna persona juiciosa que dirija su juicio, este puede mejorarse mientras sus corazones se ablandan. Y con todo, no querría que confinaran su compasión a las desdichas ocasionadas por el amor; y quizá sus sentimientos se despertarían de manera más provechosa si vieran de vez en cuando la miseria complicada de la enfermedad y la pobreza, y lloraran por el mendigo en lugar de por el rey.

La comedia no es hoy tan censurable como lo era hace algunos años; y un oído casto no suele ser ofendido por indecencias. Cuando se señalan las frivolidades y se pone en ridículo la vanidad, puede ser muy instructiva; y quizá el escenario es el único lugar donde el ridículo es útil.

Lo que he dicho es ciertamente aplicable solo a quienes van a ver la obra, y no a exhibirse y perder el tiempo. El pasatiempo más insignificante proporcionará instrucción a las mentes que piensan, y el más racional se perderá en una vacía.

Las observaciones sobre los actores son con frecuencia muy tediosas. Es un tema de moda, y muy trillado; se requieren grandes habilidades y un conocimiento de la naturaleza para ser juez competente; y quienes no penetran en el espíritu del autor no están calificados para conversar con confianza sobre el asunto.

LOS LUGARES PÚBLICOS

Bajo este epígrafe incluyo todos aquellos lugares que están abiertos a la concurrencia indiscriminada. Parece que hoy impera tal furor de placer que, cuando la adversidad no hace volver los pensamientos al hogar, el día entero se gasta en su mayor parte en preparativos y planes, o en disipación efectiva. La soledad parece insoportable y la tranquilidad doméstica, estúpida. Y aunque los entretenimientos no siempre sean del agrado, la mente tan enervada no puede hacer el esfuerzo de encontrar ningún otro sustituto. Se adquiere una afición desmedida por el vestido, y muchas señoras a la moda pasan la mitad de la noche yendo de un sitio a otro para exhibir sus galas, repetir cumplidos de lugar común y despertar la envidia en sus conocidas a quienes se afanan en superar. Las mujeres que están entregadas a esas escenas han de pasar más tiempo del que deben en el vestido, y este ocupará sus pensamientos cuando deberían estar mejor empleados.

¡Cuán pocos rasgos observamos en la gran dama de esos afectos que ennoblecen la naturaleza humana! Si tiene alguna ternura maternal, es de naturaleza infantil. No podemos ser bastante cuidadosos en no inclinarnos hacia este carácter; aunque viva

muchos años, sigue siendo una niña en entendimiento, y de tan poca utilidad para la sociedad que su muerte apenas se notaría.

La disipación conduce a la pobreza, que no puede soportarse con paciencia por quienes han vivido del vano aplauso ajeno a causa de ventajas exteriores; estas eran las cosas que consideraban de mayor consecuencia, y naturalmente son atormentadas por la vergüenza falsa cuando, por un cambio de fortuna, se ven privadas de ellas.

Una niña joven e inocente, cuando entra por primera vez en las escenas alegres, siente tan elevados sus ánimos que a menudo se perdería en el deleite si no fuera detenida al observar el comportamiento de cierta clase de mujeres que frecuentan esos lugares. ¡Qué doloroso hilo de reflexiones surgen entonces en la mente, y qué convicciones sobre el vicio y la frivolidad del mundo se le imponen prematuramente! Ya no es un paraíso, pues la inocencia no está allí; la contaminación del vicio envenena todo goce, y la afectación, aunque despreciada, es muy contagiosa. Si estas reflexiones no se producen, el languidez sigue a los esfuerzos extraordinarios, y las mentes débiles caen víctimas de angustias imaginarias, para disipar las cuales se ven obligadas a tomar como remedio lo que produjo la enfermedad.

Hablamos de los entretenimientos como algo que afloja la mente; y así debería ser; y sin embargo, incluso en las horas de descanso estamos adquiriendo hábitos. Una mente acostumbrada a observar nunca puede estar del todo ociosa, y recogerá mejoras en toda ocasión. Nuestras ocupaciones y nuestros placeres deben tener la misma tendencia, y todo debe concurrir a prepararnos para un estado de pureza y felicidad. Allí el vicio y la frivolidad no envenenarán nuestros placeres; nuestras facultades se expandirán y no confundirán sus objetos; y ya no «veremos como en un espejo, oscuramente, sino que conoceremos como somos conocidos».

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB